



ECLIPSE DE ESTRELLAS

N.º 27

POR
ANITA STEWART,
OSCAR SHAW, ETC.

30 cts.

La Novela Femenina
Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona

Año I

Núm. 27

ECLIPSE DE
ESTRELLAS

Interesante producción cinematográfica,
original de HARRY C. WINTER,

Interpretada por

ANITA STEWART

(en el papel de MABEL VANDERGRIFT),

OSCAR SHAW

(en el de JAMES CAÍN),

T. ROY BARNES, etc.

Exclusiva de

Metro Goldwyn Corporation

Rambla de Cataluña, 122. — BARCELONA



Eclipse de estrellas

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La gran terraza del Madison Square Garden, es una especie de Universidad Artística donde reciben el Doctorado los pugilistas que aspiran a entusiasmar a los públicos.

Las luchas de James Caín, campeón mundial de peso máximo, no despertaban ningún interés en el público, porque dejaban de ser luchas, ya que no había adversario que resistiera con él el primer *round*.

Duke Sullivan, el apoderado de James Caín, alarmado ante la crisis que representaba la superioridad de éste, confiaba en que el empresario Tex Rickard concertara un encuentro con el campeón inglés Jimmy Stone, único rival digno de James.

Entretanto, James se entrenaba con algunos compañeros de profesión.

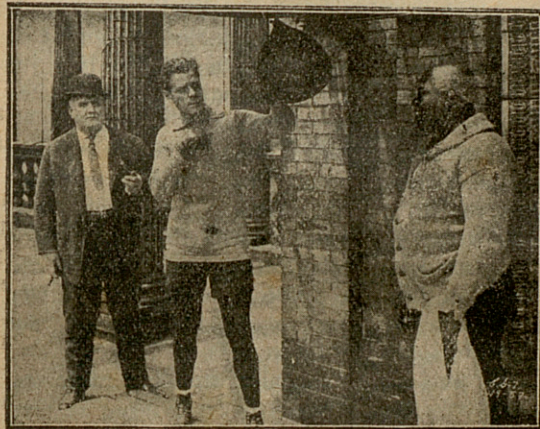
El tío Tom, *manager* del campeón, se extasiaba contemplándole en sus certeros golpes que acababan con el adversario.

—¿Sabe usted, señor Sullivan, que los mamorros de James Caín en los ganchos de derecha parecen inyecciones de cloroformo?—

le dijo aquél, el día en que comienza nuestra narración, al apoderado del boxeador.

Y decía bien. Tan era así, que algunos colegas se negaban a entrenar al "maestro".

Simultáneamente, en el "Teatro Gotham" se estaba haciendo el ensayo general de la sugestiva zarzuela titulada *The Girl and the*



...James Caín, campeón mundial de peso máximo...

Whirl (La Niña y el Torbellino), en la que trabajaba Mabel Vandergrift como primera bailarina.

Brock Morton, un capitalista neoyorquino, enamorado hasta los huesos de la hermosa estrella de primera magnitud cuya luz irradiaba a todos los ámbitos del mundo, había pues-

to parte de su fortuna a disposición del empresario del teatro, para que la obra fuese representada con toda propiedad, y para que pudiera estar al lado de Mabel cuando le pluguiere durante los ensayos.

Aquel día Mabel se quejó a su adorador de lo contrariada que la tenía Jack Murray, un activo *reporter*, cuyas cuartillas solían tener muy poca aceptación en su diario, a pesar de su buena voluntad en escribirlas. El enojo de la artista era debido a que hacía dos días que ni siquiera aparecía su nombre en los periódicos.

Enterado de ello, Morton, aperebiendo al "culpable" rodeado de las tentadoras coristas de la revista y con Adolfo Blum, el empresario del teatro, fué a reprocharle por el olvido en que tenía a Mabel, acompañándole ésta.

—¿Cómo es eso, que los periódicos no dicen una palabra de nuestra célebre bailarina?—le preguntó.

A lo que, muy naturalmente, el aludido respondió:

—Si la señorita Vandergrift quiere que los periódicos hablen de ella, es conveniente que haga algo extraordinario: un pequeño escándalo, por ejemplo.

—¡Sepa usted que Mabel Vandergrift es una muchacha muy digna, y no hay quien pueda decir nada de ella!—exclamó Morton.

—Pues, si nadie puede decir nada de ella, ¿qué quieren ustedes que diga yo?

La aclaración era aplastante.

—Hay otro recurso. Que la señorita Vander-

grift mate, de verdad, al primer actor en la escena final. Eso sería de un gran efecto dramático—prosiguió el *reporter*.

—¡Muy bonito, hombre! ¿De modo que ha de cometer Mabelita un asesinato para que usted pueda lucirse en el periódico?—intervino el empresario, alarmado.

—¿Ve usted, señor Morton? ¿De qué me sirve aguzar el ingenio para exponer ideas excelentes si no encuentro apoyo?—lamentóse el autor de aquella barbaridad.

Claro que estaba de broma.

En tanto, en las oficinas de Tex Rickard, cuyos veinte años de empresario le daban autoridad suficiente para que sus consejos fueran tenidos en consideración, se hallaban el boxeador James Caín y Sullivan, su apoderado.

A la pregunta de éste, Rickard no pudo menos de contestarle así:

—¿Todavía no está usted desengañado, Sullivan, de que James Caín ha dejado de interesar al público desde que es el "as" del boxeo?

—No estoy conforme, señor Rickard. El público no se cansará nunca de James Caín.

—El público busca las emociones propias de la lucha, y con James no hay lucha posible. Perdería dinero quien lo contratase para un *match*, porque no iría nadie a verlo.

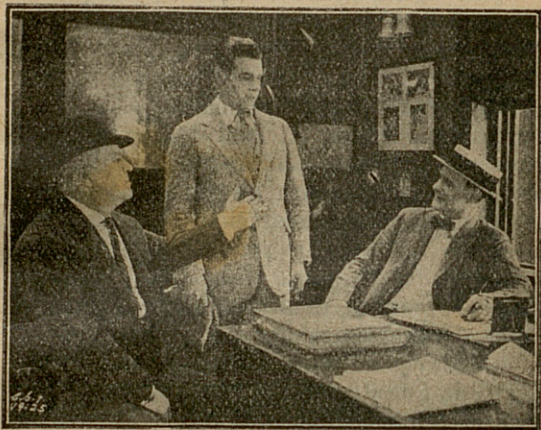
—Discrepamos, señor Rickard, discrepamos.

—El arte poderoso de James hay que imponerlo al público mediante una activa pro-

paganda. Háganse amigos de un buen *reporter*, y él se cuidará de estimular a la gente.

—Oiga, señor Rickard; ¿me ha tomado usted por un específico?—opinó el interesado—. Yo no tengo necesidad de salir retratado en los diarios, como una bailarina.

—Yo les he dado a ustedes mi leal consejo,



—No estoy conforme, señor Rickard. El público no se cansará nunca de James Cárin.

señores. Hagan ahora lo que quieran.

Sullivan reflexionó unos minutos, y dió la razón al empresario.

—Señor Rickard, está usted en lo justo. Ahora mismo voy a poner un anuncio para atraer al elemento *reporteril*, y escoger el que más nos convenga.

—Eso es. Así me gusta.

Por su lado, Jack Murray, el “célebre” *reporter* de las cuartillas sin jugo, llegaba a la redacción de “El Eco”, popular diario neoyorquino donde él *trabajaba*.

Tim Knox, el Jefe de Redacción, era un tío más nervioso que un motor de avión y su peor manía era la de no poder ver a un *reporter* ni en postal.

Quieras o no, Jack se presentó ante el “tirano”, y reclamó unos instantes de atención.

—Déjame, Jack, déjame. Estoy repasando el diario. Vuelve el año que viene.

—¡Pero, señor Knox! ¡Si le traigo una gran noticia de última hora!

—Suelta ya la mentira. ¡Pero corre, por vida de la tortuga de mi chico!

—En seguida. No dirá usted que hoy he estado desafortunado. He sabido que el Gran Duque Morowitch acaba de regalar a Mabel Vandergrift las joyas de la familia, porque tiene unas piernas capaces de producir envidia a cien *Mistinguets* jun.as.

—¿Y al público qué le importa que ese Duque regale las joyas a quien le dé la gana, si son suyas?

—No sea usted malo, señor Knox. Publíqueme esto y seremos la mar de amigos.

—Mira, Jack; si me quieres creer, les pones un marco a estas cuartillas, y... las echas al fuego.

—Pero...

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

—¡Bueno, hombre, bueno! ¡Ya me voy!
¡Demonio, qué carácter!

Desesperado, Jack recorrió todas las secciones del diario, por si pescaba "algo" gracias a la consideración de los compañeros de categoría, y al llegar al departamento de los deportes, le dijeron:

—Lee este anuncio, chico. Esta sería para ti una buena adquisición. Mira: James Caín, el campeón de boxeo, necesita un buen agente de publicidad.

Jack se empapó del texto del anuncio, y se trazó un plan, gracias a su fecunda imaginación.

—La personalidad de James Caín — dijo, dándoselas de enterado—le da a uno el trabajo hecho. Como que su nombre no debería faltar un solo día de los periódicos.

—¿Por qué, Jack?

—Porque si como pugilista no tiene competidor, como hijo es un modelo.

—¿Le conoces?

—¡Que si le conozco! ¡Si somos casi hermanos!

—¡Ah!

—Y no os extrañe que no me haya mandado llamar antes de poner este anuncio... pues hace mucho tiempo que no nos vemos... y no sabe que yo también soy periodista.

Al día siguiente, Jack se presentó en el domicilio de James Caín, pasando delante de los que esperaban a la puerta, gracias a su ingenio... y a su frescura.

—¡Se les saluda, señores! ¿Han leído la

Prensa de esta mañana?—dijo Jack a Sullivan y al campeón, tendiéndoles dos periódicos.

Aquéllos miraron con extrañeza al decidido intruso, a la par que Jack les iba diciendo:

—Yo no soy hombre de pretensiones. Me conformo con cien duros a la semana.

—¿Qué dice usted? ¡Cien duros!—repitió Sullivan, dispuesto a echar a Jack.

—No se alarmen, señores. Ahí tienen ustedes mi labor. Váyanse enterando.

Y el boxeador y su apoderado leyeron el artículo que les señalaba con el dedo el astuto *reporter*, y que era el siguiente:

¿QUIEN ES JAMES CAIN?

Quizás el público sonreirá mefistofélicamente ante esta extraña pregunta; pero el público no conoce a James Caín.

Este hombre extraordinario es, antes que un "mamporrista" de fama mundial, un hijo modelo que antepona a los halagos del bullicioso Broadway las tiernas caricias de su madre.

James cruzó su mirada con la de su apoderado, y ambos estaban de acuerdo en que Jack "sabía" hacer propaganda. El comienzo era muy original. Eso de la madre estaba muy acertado.

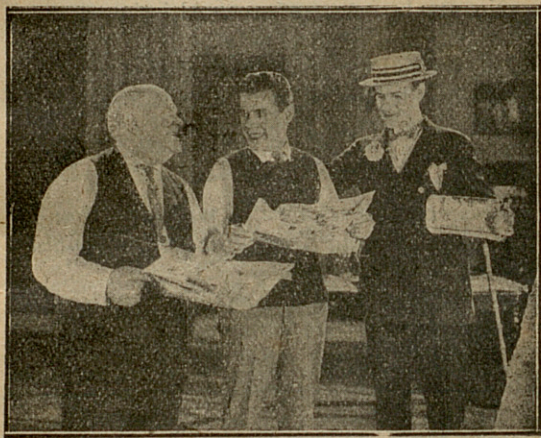
Ante su éxito, Jack indicó a los interesados que aquello no era más que un botón de muestra.

Y fué aceptado en el acto por Sullivan.

—Muchas gracias, señores. Ahora, ustedes dirán lo que he de hacer.

—Lo que de momento nos interesa—dijo Sullivan—es un *match* entre James Caín y el campeón inglés Jimmy Stone, para normalizar nuestra situación. Haga usted propaganda en este sentido.

—Muy bien. Oiga usted, señor Sullivan: ¿sabe usted si James conoce a la bailarina Ma-



...y ambos estaban de acuerdo en que Jack "sabía" hacer propaganda.

bel Vandergrift?

—¡Ca, hombre! ¿Cómo va a conocerla, si este muchacho sabe menos de teatros que yo de cantar misa?

—Bueno, bueno... Yo me encargo de que se conozcan. Eso es interesante para los dos. Ya verá, ya verá. Yo soy hombre de grandes ideas.

Jack marchóse a actuar sin pérdida de momento, y la "cola" de aspirantes al empleo de propagandista formada a la puerta de la casa del boxeador, fué despedida, causando la dispersión no pocos descontentos.



Jack Murray consiguió que se encontraran en público Mabel Vandergrift y James Caín, para matar dos pájaros de una pedrada.

Jack, Sullivan y el boxeador se sentaron a una mesa inmediata a la que debía ocupar Mabel con Morton.

—Yo estoy violento entre tantas mujeres, Sullivan—dijo James—. Perferiría ir a otra parte.

Mabel, que saludó a Jack, se sentó casi junto a James, y le sonrió graciosamente. Algo tímido, el boxeador se resistió a corresponder a las inequívocas muestras de simpatía que la bailarina le daba, tal vez porque él era amigo de Jack, pero al cabo de un momento, Mabel rompió el silencio.

—¿Conque usted es el célebre actor cinematográfico, señor Caín?—le preguntó a James,

—¡Yo, actor cinematográfico? ¡Qué disparate! ¡Soy James Caín, el boxeador!—replicó éste, un tanto herido en su amor propio de triunfador. Y, además, dijo a Jack—: Esta muchacha vive en el Limbo. Ni siquiera debe leer los periódicos, cuando no me conoce.

Para reparar el mal, Jack presentó a James:

—Señorita Mabel, este joven, para que usted se entere, es el campeón mundial de peso máximo.

—¡Ah, vamos, ya comprendo! Es uno de esos que ganan el dinero a fuerza de recibir puñetazos en la cara.

El enojo de James creció ante esas palabras, y no pudo menos de decir:

—Ha de saber usted, señorita, que yo he ganado treinta mil duros en un encuentro. ¿No es verdad que esto hasta sin música suena bien?

—(¡Qué vanidoso!)—pensó Mabel.

Hubo una pausa.

Después.

—¡Cuánto me gusta ver bailar a las demás, cuando no tengo que hacerlo yo!—dijo Mabel recreándose en la contemplación de unas coreográficas—nadadoras muy originales.

—¡Ah! ¿Usted también baila?—le preguntó James.

—¡Valiente pregunta! ¿Acaso no sabe usted que yo soy Mabel Vandergrift?—enfadóse a su vez la bailarina.

Muy señora mía; pero eso no me dice que usted tenga que saber bailar—contestó James.

Mabel “plantó” al boxeador bruscamente. No concebía la “estrella” que hubiera un solo hombre que no la conociese.

James, que se había ido interesando a Mabel, la siguió, y se deshizo en excusas.

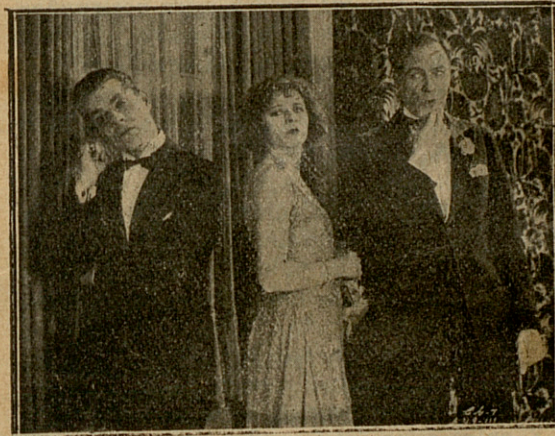
—El no conocer yo su arte, señorita Vandergrift, ¿es motivo para que usted se disguste conmigo? Antes pude disgustarme yo.

—¿Usted? ¿De qué había de disgustarse? Jack terció en la disputa.

—No quiero oírles hablar de disgustos. Ustedes han de ser dos buenos amigos.

—Y eso ¿por qué?—pidió saber Mabel.

—Porque... porque usted le gusta mucho al señor James Caín... y el señor James Caín no



—No quiero oírles hablar de disgustos. Ustedes han de ser dos buenos amigos.

le es desagradable a usted. *Voilà.*

Jack podía ser muy bromista, pero también sabía ser serio en ocasiones como la de “arreglar” al boxeador y a la bailarina.

Y lo cierto fué que, unos días más tarde, “El Eco” publicaba estas cuartillas suyas.

NOTICIAS DEL MUNDO ARTISTICO

MATRIMONIO EN PERSPECTIVA DE DOS ESTRELLAS
DEL ARTE

Se asegura que el campeón mundial de boxeo, James Caín, se ha rendido a discreción a los poderosos encantos de la inimitable y hermosa bailarina Mabel Vandergrift, a la que espera todas las noches, para acompañarla a su casa, cuando sale del teatro.

Mientras, los ensayos de la revista adelantaban.



A ruegos de Jack Murray, Morton, el adorador incorrespondido de Mabel, invitó a una fiesta a ésta y James, y de ella sacó el *reporter* materiales para un nuevo artículo periodístico.

Morton, devorado por los celos, no perdía de vista a Mabel, que se excedía, según él, en atenciones con el boxeador.

Y entre estos últimos el germen del amor echaba raíces en su interior.

Y llegó el momento sentimental.

—¿Realmente cree usted, Mabel, que un boxeador no sirve más que para dar puñetazos?

—Eso creo, James.

—Pues, entre nosotros no existe otra diferencia que la de pura forma: usted se gana la vida con los pies, y yo, con las manos.

—¿Acaso cree usted que yo no puedo vivir fuera del teatro? Le hago una apuesta a que

vivo lo mismo de otro trabajo, y con otro nombre, para más garantía.

—Yo también le apuesto a que puedo prescindir del boxeo y de la influencia de mi nombre para vivir.

—Aceptado.

Jack, apareciendo en aquel momento, recibió, como un chaparrón de oro, la formidable noticia.

—Mabel y yo nos hemos herido mutuamente el amor propio, y hemos acordado eclipsarnos durante una semana, para ver cuál de los dos vive mejor fuera de su profesión.

Sullivan, al oír esto, pues también se reunía con sus amigos en aquel momento, puso el grito en el cielo, calmándole Jack, diciéndole:

—Déjelos, señor Sullivan, que va a echarme por tierra la mejor noticia de mi vida periodística. ¡ECLIPSE DE ESTRELLAS! ¡Qué hermoso título para la primera plana!

Un momento en que Mabel estaba sola en la terraza del jardín de la casa de Morton, éste se le acercó para hablarle de su amor y sus celos.

—No es que dude de su cariño, Mabel; pero no me gusta que ese alcornoque de James Caín esté tan solícito y deferente con usted.

—El señor Caín es una persona muy atenta y no me agrada que le trate usted de esa manera.

—¿Hasta cuándo va usted a abusar, Mabel, de ese dominio que le da su belleza?

—Déjeme, Morton.

—¡Yo la amo, y usted lo sabe... y ha de

amarme... porque nadie puede quererla como yo!

—¡Déjeme, le digo!

—He de abrazarla. Quiero que esta situación mía creada por su indiferencia, se aclare hoy mismo. ¡Quiero besarla, Mabel!

—¡No, Morton, repórtese!

James vió casualmente como Morton forcejeaba con Mabel para besarla, y en vista de los desesperados esfuerzos de la joven para desasirse del osado, cogió a éste por los hombros y lo separó de ella.

—No creo que su intervención en mis asuntos particulares le haya sido nunca por mí permitida. Mi caballerosidad me autoriza a pedirle a usted una satisfacción—dijo Morton, indignado, a James, midiéndole con atrevimiento.

—Lamento ser ahora un huésped de usted, porque no puedo discutirle esa caballerosidad de que con tan poca razón alardea.

Morton, dejándose llevar de su cólera, intentó abofetear a James. Este esquivó soberbiamente los golpes, y en correspondencia empujó a su rival hacia un estanque, haciéndole tomar un baño glacial.

Jack, más contento que un soldado cuando le dan la licencia, llegó, al día siguiente, a la Redacción de su diario, con la sensacional noticia de la desaparición de Mabel y James, pero el Jefe, que lo sabía muy embustero, no

dió crédito a ella, y fué inútil que el *reporter* insistiera para ser atendido.

Algo más tarde, el señor Knox—el tirano de la redacción—, en previsión de que la noticia de Jack tuviera algún fundamento, telefoneó al teatro donde trabajaba Mabel, y se enteró de que, en efecto, ésta había desaparecido, habiéndose suspendido, a causa de ello, los ensayos de la revista.

Entonces, echando la culpa a los demás de la desconsideración sufrida por Jack, mandó que buscaran a éste y lo llevaran al momento a su presencia.

No tardó el *reporter* en presentarse, sorprendiéndole la amabilidad con que lo trataba su jefe, y la atención que le prestaban sus compañeros.

Diez minutos más tarde, los linotipistas componían a toda prisa las columnas de la sensacional noticia, para preparar las galeradas. Los estereotipadores dispusieron la plancha en que aquéllas habían de quedar impresas, y la afortunada edición de "El Eco" entró en la prensa que tira, corta y plega cuarenta mil ejemplares por hora.

*
**

El enigma de la insospechada desaparición de Mabel Vardergrift podía aclararse en la gran tienda de Bimbel, donde ella había vuelto a ocupar su antigua plaza de modelo, con su verdadero nombre de Mabel Nelson.

En el Departamento de Expediciones de la

misma casa Bimbel estaba la explicación de la segunda parte del enigma: James Cain trabajaba en esa sección con su primitivo nombre de James Kennedy.

Un buen día, un alto empleado de la casa dijo a Mabel:

—Si tuviera usted tanta gracia para bailar, señorita Nelson, como para lucir los modelos, podría prestarme un gran servicio.

—Yo no bailo, señor... No sé bailar... ¿Por qué lo dice usted?

—Es que estoy encargado de organizar la función de este año a beneficio de los empleados de la casa, y necesito personal a propósito.

—En ese caso... puedo aceptar el papel que usted quiera.

—¿Sabrá usted aprender un baile?

—Creo que sí.

—Gracias, señorita Nelson. Con su elegancia, y por poco que sepa usted mover los pies, saldrá triunfante de su cometido.

Llegó el día de la fiesta. Ni uno solo de los miles de empleados de la casa Bimbel faltó a ella.

Entre otros números, hizo las delicias del "respetable" un cuarteto de la Sección de Expediciones de la citada casa, que cantó algunos *couplets* humorísticos. Ahí va una muestra... sin música. Todas sirven:

I

*Entre una Kate, una Filo,
una Petra y una Patro,*

*si nos dieran a escoger,
nos quedábamos las cuatro.*

II

*Para aliñar el amor
no hay cosa mejor que un cheque
a pagar al portador.*

III

*El que pretenda casarse,
si a mí me quiere creer,
que lo piense, lo repiense,
y que lo deje correr.*

El número a cargo de Mabel fué el mejor, indiscutiblemente, de la velada.

Más aún para James, que reconoció en ella a su amada.

Pero de súbito, cundió la voz de ¡Fuego!, ¡Fuego!, y las gentes, alocadas, se precipitaron a las salidas.

James, con otros enérgicos compañeros de trabajo, procuraron calmar los ánimos, haciendo lo propio Mabel, desde la escena, obligando a la música a seguir tocando.

Sin embargo, a pesar de todo, como el fuego se incrementaba cada vez más, ocurrió lo que inevitablemente ocurre en tales casos; los unos atropellaban a los otros, sin piedad para los niños, cegados todos por el egoísmo de ponerse en salvo.

El servicio de bomberos hizo un magnífico derroche de habilidad y pericia, no pasando la cosa a mayor gracias a su eficaz interven-

ción para sofocar el voraz elemento que amenazaba propalarse a los edificios contiguos al teatro.

James, cumplida su humanitaria misión de socorrer a los que necesitaban de él, se apresuró a salvar a Mabel, que acababa de caer desvanecida sobre las tablas.



Conducida por él a su casa, Mabel le agradeció el haberle salvado la vida... y como él se la reclamara a través de lindas palabras...

Conducida por él a su casa, Mabel le agradeció el haberle salvado la vida... y como él se la reclamara a través de lindas palabras, ella prometió dársela por entero a condición de que renunciase al boxeo.

Algo de lo que ocurría en la habitación ín-

tima sospechaban Jack, el activo *reporter*, y Sullivan, que acompañaron a los "héroes" desde el teatro, pues cuando Morton, enterado de todo, se presentó en la casa y pretendió acudir al lado de Mabel, Sullivan le dijo, de acuerdo con Jack:

—La enferma no necesita más asistencia que la que tiene. Va muy bien con ella.

Pero lo que todos verdaderamente ignoraban, era la firme decisión que acababan de tomar Mabel y James de no ser en adelante más que el uno del otro.

Y cuando la noticia salió de labios de Mabel, Morton ocultó una mueca de despecho, y Jack y Sullivan, más francos, protestaron con todo su ardor.

—Eso no puede ser, James. ¿Tan sobrado estás de dinero para renunciar a los cincuenta mil duros que te ha ofrecido Tex Rickard para luchar con Jimmy Stone?—dijo Sullivan.

—Esa renuncia es a cambio de otra cosa que vale para mí mucho más.

—¡Nadie tiene la culpa de todo esto más que usted, maldita polilla de redacción!—increpó luego, Sullivan a Jack, que se mordía los puños de rabia.

Morton, cambiando radicalmente de conducta para con su rival, le tendió la mano, diciéndole:

—A mí no me sonroja una derrota cuando es el resultado de una lucha noble y leal. ¡Venga esa mano de amigo!

Mabel estaba contentísima, y no pudo ne-

garse a aceptar la invitación que Morton le hacía a ella y James a las carreras de caballos que se celebrarían al día siguiente.

Jack, antes de marcharse, soltó algunas palabras que desconcertaron a James, que quedó meditando sobre ellas, azuzado por Sullivan.

—Su decisión de abandonar las lides pugilistas es, amigo James, la primera noticia en mi vida reporteril que no me entusiasma. Como que estoy por no publicarla. En el público hay mucha ignorancia, señores; y, como el miedo es libre...—había dicho.



Más de cuarenta mil espectadores se reunieron al día siguiente en el Hipódromo del Parque Belmont donde se celebraba la carrera internacional de obstáculos.

Morton era un hipócrita, y su cambio de conducta obedecía a un plan que había forjado para evitar que Mabel y James se casaran rápidamente, según era su deseo.

Las carreras eran un pretexto para que probase de arruinar a los dos jóvenes, comprometiéndoles a apostar por un caballo que a pesar de tener que ganar en mérito, perdería gracias a la complicidad del *jockey* de otro buen caballo, que tenía la orden de derribar a su adversario.

James, sin consultar a Sullivan, apostó todo su dinero, y Mabel no se atrevió a protes-

tar de que Morton apostara en su nombre cinco mil dólares, que era todo su capital, comprendiendo el valor de alguna joya.

La combinación de Morton dió resultado, pues el caballo a que apostaron los enamorados, fué derribado por otro caballo a pocos pasos antes de llegar a la meta, resultando heridos los dos *jockeys*.

—Si ganase nuestro caballo nos casábamos mañana mismo, ¿eh, Mabel?—le había dicho James a su novia.

Y ante la derrota, se lamentaron uno y otro de tener que aplazar la boda.

Mabel volvió a la escena, y se anunció el estreno con toda pompa de la revista "La Niña y el Torbellino".

El teatro ofrecía un brillantísimo aspecto.

A punto de empezar, Mabel no había llegado aún, y Morton, enterado de que estaba con James, que la invitó a cenar, se sintió de nuevo acometido por el veneno de los celos, y reclamando del empresario la devolución de los cincuenta mil dólares que le había prestado para representar la revista, o el derecho de actuar en la administración de la compañía, prescindiendo de él.

El empresario, no contando con esos fondos, ni mucho menos, optó por ceder la administración a Morton.

El uso que Morton quería hacer del derecho que había reclamado, era el de intimar a Mabel a corresponder a su amor. De lo contrario, suspendería la función, para perjudicarla enormemente.

Mabel, tan pronto llegó al teatro, acompañada de James, se encerró en su camarín y vistióse rápidamente para la función.

El avisador fué a llamarla para que se pre-



Como ella se negó rotundamente, a pesar de todas las amenazas que le hizo, Morton dió orden de suspender la función.

parase a salir a escena, cuando Morton intentaba persuadirla a casarse con él. Como ella se negó rotundamente, a pesar de todas las amenazas que le hizo, Morton dió orden de suspender la función.

El empresario se volvía loco, y enterado James de lo que ocurría, su puño se crispó para arremeter contra el culpable.

—¡Quieto, hombre, quieto; no te metas donde no te llaman! Como dueño del dinero, Morton es el legítimo empresario, y puede suspender la representación, si así le parece—le dijo Sullivan.

Entonces James, para derrotar a Morton, pensó que si aceptaba el *match* propuesto por Rickard entre Jimmy Stone y él, ganaría los cincuenta mil duros que necesitaba la empresa del teatro para darle la patada a aquél.

Y James decidió luchar, alegrándose de ello Sullivan y Jack, aquél por su comisión, y éste por su éxito reporteril publicando la noticia con carácter documentado.

Así Morton fué vencido.

No obstante su fracaso, el desdenado fué malo hasta el fin, enterando a Mabel de que James había anunciado al público, al prometerle que la representación de la obra iba a continuar, que volvería al *ring*, presentándose a luchar por el campeonato mundial con Jimmy Stone.

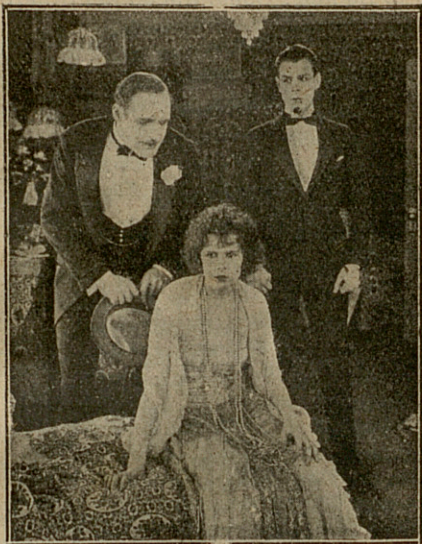
Mabel no creía capaz a su novio de faltar a su palabra, pero Morton insistió tanto, que ya no le cupo ninguna duda.

—¿Verdad, Mabel, que está usted arrepentida de haber hecho caso a un farsante, como James Cain?—terminó por decirle el muy canalla.

James, apareciendo en aquel momento en

el camarín de su novia, asestó a su rival un directo que lo tumbó sin sentido al suelo.

Pero desde el momento en que Mabel supo que James había faltado a su promesa, se en-



—¿Verdad, Mabel, que está usted arrepentida de haber hecho caso a un farsante, como James Caín?

friaron sus relaciones, amenazando huir el amor. Pero siguió la representación de la revista.

Al día siguiente, con motivo de la tentadora información de la prensa, setenta mil es-

pectadores, ávidos de emociones, se agolparon en el Stadium, para presenciar el encuentro de los dos famosos campeones de boxeo.

Mientras en el *ring* algunos pugilistas de segunda talla medían sus fuerzas ante el enorme público, en encuentros preliminares, los "ases" se preparaban en las galerías subterrá-



Pero siguió la representación de la revista.

neas.

Morton, secundado por dos compinches, descontaba el éxito del adversario de James, a quien odiaba a muerte.

Uno y otro boxeador eran objeto de toda clase de felicitaciones y a ambos se les auguraba el triunfo que sólo uno podía ganar.

Aprovechando las visitas que recibía James

en su cuarto, uno de los cómplices de Morton, mientras el otro vigilaba desde la puerta, vertió una droga en una taza de tila que el tío Tom le preparara a aquél, y que James sorbió completamente sin recelo.

En el campo se encontraban Mabel y el padre de James, a quien Jack, siempre con miras a un nuevo éxito reporteril, había convencido a que asistiera al *match* de su hijo, para reconciliarlos.

Y he aquí que apenas James hubo bebido la tila, se sintió enfermo. Acudió un médico, que diagnosticó que estaba narcotizado.

Los momentos fueron de angustia mortal.

¿Podría luchar James?

¿Quién había sido el cobarde que lo traicionara?

En el campo, la noticia de la repentina indisposición de James elevó un murmullo de asombro. Algunos creían que eso era miedo y gritaban que Jimmy Stone fuese nombrado campeón.

El padre de James se lamentó de lo que le había podido suceder a su hijo, y como Mabel estaba a su lado..., se hicieron amigos.

Afortunadamente, James se repuso y no se negó a presentarse en el *ring* y llevar adelante el *match*.

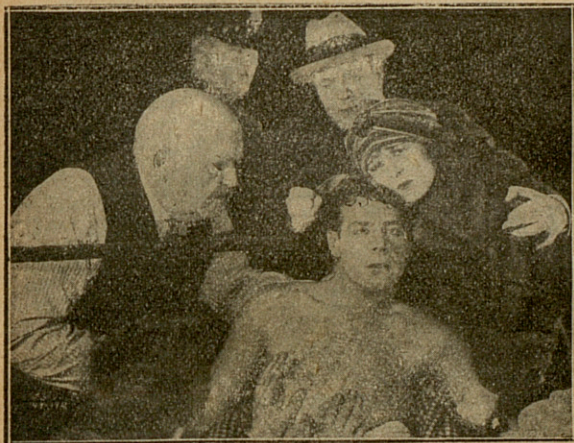
A juicio de Morton, Jimmy Stone ganaría el campeonato, pues James acusaba desfallecimiento.

Stone pegaba duro y llegó un momento que ya se descontaba la victoria para Stone, y a la benevolencia del Jurado, que dió por ter-

minado el *round* antes que el Juez de campo declarase la derrota, debió James su salvación.

Mabel, compadecida de su amado, se acercó a él y lo besó con delirio.

—¡Oh, querida Mabel! ¿Tienes tú interés en mi triunfo?



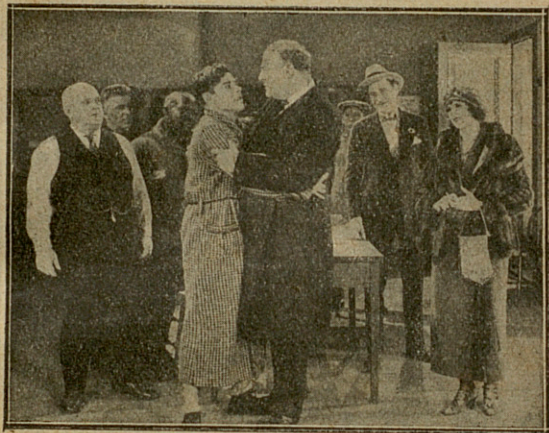
—Lo tengo, sí, James; porque yo te quiero lo mismo con triunfo que sin él.

—Lo tengo, sí, James; porque yo te quiero lo mismo con triunfo que sin él.

Reanudada la lucha, James era otro, y renació en él el verdadero campeón. Sus golpes, certeros y enérgicos, superaban los de su adversario.

El público, entusiasmado por el interés de la lucha, estimulaba al que pegaba más, y James dió al traste con Stone, que fué derrotado en absoluto.

Morton se retiró por el foro, decidido a no ocuparse más de Mabel ni de su novio, pero sus cómplices, que querían cobrar aunque Sto-



...se celebró la emocionante reconciliación de padre e hijo, que se abrazaron largamente.

ne hubiese perdido, las tuvieron con él, y el público también, al enterarse de todo.



En el cuarto de James, lleno de admiradores, se celebró la emocionante reconciliación

de padre e hijo, que se abrazaron largamente, y la de los novios.

—Perdóname, Mabel, por esta vez, en gracia a la intención que me obligó a luchar. Te juro que no volveré a pisar la arena—le dijo James, lleno de amor.

Sullivan intentó protestar de ello, mas en vano.

El padre del “héroe” sonreía, y abrazó a sus *dos hijos*, encantado de que Mabel fuera la que le había hecho ganar a James el *match*.

Jack también había de decir algo, y lo soltó:

—Voy a hacer de este argumento un artículo estupendo. Será la mejor propaganda para la obra de Mabel.

—¡Qué obra ni qué ocho cuartos! Mabel no vuelve tampoco a poner los pies en un escenario. Ella y mi hijo se vienen conmigo al Oeste, mañana mismo—dijo el padre de James.

Y Jack, desconsolado, murmuró:

—Me han partido ustedes por el eje. El mayor éxito de mi vida de periodista lo tengo que guardar en conserva. Pero, en fin, que sean ustedes muy felices.

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
LEATRICE JOY*

Imprenta de la Novela Femenina Cinematográfica. — Barcelona

PRÓXIMO NÚMERO:

~~~~~ **ESPECIAL** ~~~~~

*La grandiosa novela*

## **LA JUSTICIA DEL ZAR**

*Protagonista: LYA DE PUTTI*

*Asunto interesantísimo, inmejorable*

*Gran éxito de la película en todas partes*

*Exclusiva: M. PASCÓ*

*Portada a bicolor — 64 páginas — Profusión de  
fotografías*

*Postal obsequio: GEORGES BISCOT*

*Precio «special»: 50 céntimos*

**NADIE DEJARÁ DE COMPRAR ESTA NOVELA**

---

### **AYER SALIÓ**

*el núm. 3 de la original publicación de  
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA*

## **LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA**

*Contiene la biografía de la célebre «star»*

**LILLIAN GISH**

*Numerosos e interesantes datos y fotografías*

*Regalo de una estupenda postal*

*Precio popular: 35 céntimos*

*De venta en todas partes.*



